

La audacia de la Universidad: la educación del ser humano

Juan Diego Lopera Echavarría

Una experiencia ineludible, constitutiva de la realidad humana, es el ingreso del individuo a la cultura, su inmersión a modos de existencia lingüísticamente articulados que sustentan valores, principios, normas, preferencias, ideologías, prejuicios. Un proceso de culturización necesario (¿qué sería de la cría humana por fuera de la cultura?) pero extremadamente difícil y doloroso, una sujeción que regula las pasiones primarias y que, al decir de Freud, deriva no pocas veces en la neurosis o, para decirlo menos dramáticamente, conlleva una cuota de malestar, de alienación, de enajenación. ¿Quién no ha tenido la experiencia de educar o de ser educado, y de sentir esa tensión entre lo que se espera externamente y lo que se quiere ser? ¿Y es acaso sencillo *saber* qué se quiere ser?

En su estudio sobre la *paideia* griega, Jaeger afirmó que la educación, como propósito consciente y deliberado, es “el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual”. Eso se espera del individuo: que adopte el *tipo* cultural deseable, el *ethos* que lo hará útil para la sociedad. Pero, ¿dónde queda la vocecilla diabólica que le habla al oído y que le lleva a rebelarse, a no querer ser de esa manera, a resentirse con los deberes que se le exigen? Foucault, en oposición al *razona todo lo que quieras, pero obedece*, de Kant, entiende la actitud crítica como el arte de no ser gobernado de esa forma, por esos poderes, por esa autoridad. Propone una

indocilidad reflexiva, una inservidumbre voluntaria; ¡nada de rebeldías caprichosas! Se trata de ser indócil desde una crítica fundamentada. Así entonces, ¿cómo educar de tal manera que se dé lo suyo al individuo y lo propio a la comunidad? ¿O acaso siempre habrá esa relación problemática entre el sujeto y la cultura, entre los intereses individuales y los universales?

Gadamer acude al concepto de *formación*, del que dice que es el “modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre”. Se trata de un despliegue del ser, de llegar a ser lo que se es como actualización de las propias capacidades, pero, para ello, cada individuo “ha de reconocer en lo extraño lo propio, y hacerlo familiar (...), cuyo ser no es sino retorno a sí mismo desde el ser otro”. Desde esa enajenación inicial, en la que consiste toda educación, ha de retornar a sí, en un proceso de desalienación o, como gustaría decirlo el psicoanálisis, pasar de ser un sujetado a ser un sujeto, fiel a su deseo.

La audacia de la Universidad

La educación formal (primaria, secundaria, técnica y universitaria) se ha comprometido con ese proceso de enculturación y, en consecuencia, se ubica en el corazón de esa tensión, aparentemente irresoluble, entre lo singular y lo general. La universidad, específicamente, pretende una educación que permita la

realización de las capacidades del individuo (como la concibió Humboldt) y que, ese mismo despliegue, a su vez, comporte un beneficio para la comunidad, para la región, para el país. Así lo expone la Universidad de Antioquia en su Plan de Desarrollo 2017-2026:

La Universidad forma, en programas de pregrado y posgrado, a personas con altas calidades académicas y profesionales: individuos autónomos, conocedores de los principios éticos responsables de sus actos, capaces de trabajar en equipo, de libre ejercicio del juicio y de la crítica, de liderar el cambio social, comprometidos con el conocimiento y con la solución de los problemas regionales y nacionales, con visión universal.

Estos propósitos nos recuerdan irresistiblemente las características del sabio de la filosofía antigua, tal como las describe Hadot: serenidad de espíritu, libertad interior y consciencia cósmica (ciudadanos del cosmos); un sujeto que cuida de sí y de los otros, como destaca Foucault del designio de la filosofía centrada en la *epimeleia heautou* (inquietud de sí), en la que el sujeto se reconoce agente de sus actos y, por tanto, sabe atenderse, prestarse atención, cuidarse. Se trataría de un *arte de vivir* que conduce a una relación particular con los propios placeres, posibilita la ascesis subjetiva como resultado del acceso a la propia verdad y fomenta una consideración y cuidado por los otros. En nuestro contexto colombiano, Estanislao Zuleta abogó por una formación filosófica (más que instrumental) en la que el sujeto aprendiera a pensar por sí mismo, desde una perspectiva dialógica con el otro, y defendió una educación “que permita y fomente el desarrollo de la persona, [...] que el individuo se realice y se desarrolle en sus posibilidades”.

Con estos ideales se ha comprometido la Universidad de Antioquia. Unos ideales

audaces, que duda cabe, utópicos quizá, pero profundamente necesarios porque en ellos se juega el destino del país y de la humanidad. Necesarios e ‘imposibles’, según caracteriza Freud a la educación, puesto que no hay garantías de que, en el proceso formativo, se logre ese despliegue encumbrado de las virtudes humanas y que dicho despliegue implique la coincidencia del deseo del individuo con el propósito de cuidar de los otros, de su entorno, de la sociedad en general. Esta es la fragilidad intrínseca de la Universidad, a la que se suma la histórica precariedad presupuestal de la educación pública en el país, su deficiente infraestructura, la falta de profesores para la alta demanda de estudiantes, los intereses mercantilistas que la conciben como una empresa que ha de ser productiva y autosostenible y, en general, la falta de compromiso estatal.

Solidaridad con la Madre Nutricia

Justamente por esa fragilidad, pero, sobre todo, por la misión encumbrada con la que se ha comprometido, la Universidad debe ser protegida. Se merece toda nuestra solidaridad. Ser solidarios implica una ligazón con ella y con cada integrante de la Universidad, procurando hallar lo que nos es común a pesar de las diferencias y sin renunciar a ellas. Una soldadura ‘itinerante’, que posibilite nuevas articulaciones y evite el anquilosamiento doctrinal, partidista, exclusivista y fanático. Se trata de reconocer que la Universidad se ha comprometido con la tarea de forjar lo humano por excelencia, en la que todos estamos concernidos, y que por ello se merece la consideración, el apoyo y la compañía de todos, empezando por sus integrantes *in situ*, pero también por la sociedad en general. Su condición de Madre Nutricia,

de Alma Máter, ha llevado, con bastante frecuencia, a que se le hagan los pedidos más descomedidos, a que se le pida que, con sus escasos y cada vez más limitados recursos, aumente la cobertura, los grupos de investigación, las publicaciones, las investigaciones, los beneficiarios, las sedes regionales, su prestigio, su incidencia en la solución de las problemáticas de nuestro país...

Si entendemos que todos y cada uno somos la Universidad, la solidaridad se ejerce como una consecuencia natural en cada espacio en el que intervenimos, en particular, en el aula de clase, ese punto de confluencia honorable y privilegiado entre profesores y estudiantes. Allí es donde tenemos la oportunidad de establecer un pacto *de facto*, solidario, con el destino de la Universidad, a través de la puesta en juego de lo que ha sido (y ha de ser) el modo esencial de vida universitario: el diálogo. Un ejercicio sostenido de debate racional y razonable, reconociendo que, en cada encuentro dialógico, pululan las pasiones humanas recubiertas de racionalismos e intereses egoístas, pero sin obviar que, pese a ello, la razonabilidad, esa voz del *logos* que se expresa con argumentos honestos, con preguntas, con cortesía analítica y reconocimiento del otro como interlocutor válido, poco a poco va articulándose con las propias inclinaciones y deseos subjetivos, y los participantes vamos entendiendo que nuestro beneficio y despliegue personal pasa necesariamente por el beneficio de la Universidad como un todo. Se establece una dialéctica entre lo singular y lo común, tal como Ramírez define el *nosotros*: todos y cada uno. Cada uno, en su singularidad, es también la Universidad. Así deberían reconocerlo el Estado, la sociedad y nosotros: sin educación, sin la audacia de la universidad, estamos renunciando a la misma humanidad.

Referencias

- 1 Freud, S. (1998). El malestar en la cultura en *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, pp. 57-140.
- 2 Jaeger, W. (1992). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, p. 3.
- 3 Foucault, M. (1995). ¿Qué es la crítica? (Crítica y *Aufklärung*), *Daimon. Revista de Filosofía*, 11, pp. 5-25.
- 4, 5 Gadamer, H-G. (1993). *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Sígueme, pp. 39, 43.
- 6 Universidad de Antioquia. (2017). *Plan de Desarrollo 2017-2026*, versión recomendada por el Consejo Académico (27 de abril de 2017), p. 5.
- 7 Hadot, P. (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela.
- 8 Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad. 3. La inquietud de sí*, Siglo XXI, p. 40.
- 9 Foucault, M. (1993). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI, pp. 62-63.
- 10 Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*, Fondo de Cultura Económica, p. 63.
- 11 Foucault, M. (2000). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad, *Nombres. Revista de Filosofía*, vol. 10, n. 15, p. 266.
- 12 Zuleta, E. (1996). *Lógica y crítica*, Universidad del Valle.
- 13 Zuleta, E. (2010). *Educación y democracia un campo de combate*, pp. 23-24. Recuperado de <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/educacion-y-democracia.pdf>
- 14 Freud, S. (1998). Análisis terminable e interminable, en: *Obras completas*, vol. XXIII, Amorrortu, p. 249.
- 15 Herrera, M. (1993). Historia de la educación en Colombia la republica liberal y la modernización de la educación: 1930-1946, *Revista Colombiana de Educación*, 26, abril, pp. 1-22.
- 16 Ramírez, C. (2011). Transficción 44. Todos y cada uno, *Apuntes*, policopiado por el Grupo de Investigación El método analítico, p. 488.

Juan Diego Lopera Echavarría. Psicólogo, Magíster en Filosofía y Doctor en Ciencias Sociales es profesor titular del Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.